

SANTIAGO DE CHILE, MARTES 7 DE FEBRERO DE 1939

TERREMOTO DE CHILLAN.—

LA TRAGEDIA ESTA EN TODOS LOS ROSTROS

ANCLAMOS en la Plaza de Yungay, llamada de la Victoria, que en tiempos ya lejanos tuvo como arbolado, naranjos y castaños. Hay una actividad insospechada.

Naturalmente hemos pasado por la ciudad y hemos visto sus ruinas. En esta Plaza está el Cuerpo de Carabineros que perdió su casa, y el edificio del Seguro Obrero. El gran amigo Juan Argandoña, que trae once camiones de mercadería, pasa a ser personaje, y a grandes pasos recorre el perímetro en que le corresponderá actuar.

En la Plaza se han instalado muchos habitantes. Es un ir y venir que no cesa. Las voces chocan y se quiebran en sílabas incomprensibles. Como una gran serpiente anillada de miseria se alarga la columna de menesterosos.

Toda suerte de carros motorizados pasan y repasan por las calles obstruidas, tienen vía libre; ahora los peatones deben dejar el paso. Hay una enorme confusión; nadie entiende.

Los médicos tienen una impropia labor. Los fantasmas de la gangrena y del tétanos alargan sus tentáculos amenazando diezmar a los sobrevivientes. A oleadas llega el olor a muerto. Hay muchos sepultados entre los escombros. Me acerco donde un hombre de cierta autoridad que habla en voz alta:

"Yo estuve en el terremoto de Messina, este es más grande, me parece que no ha habido cataclismo semejante. El Mont Pelé fué el que destruyó San Pedro, no el remezón..." Desfilan las grandes catástrofes por la memoria de aquel hombre que salvó milagrosamente y que a veces lanza palabras fileteadas de locura.

La gente le oye en silencio; hay un gran estupor en todos los rostros, marcas de miedo que serán indelebles. Se ha llegado a una perfecta democracia. Se codean las damas principales, vestidas ahora muy modestamente, con las mujeres del pueblo. Todos desenvuelven sus películas, todas las historias tienen lágrimas y hondos silencios. Y hay en todos un punto de contacto que los une: el hambre. El dinero en esos momentos ha perdido toda expresión, la mayor importancia la posee quien tiene la historia más trágica a su haber.

Yo quiero verlo todo, sentirlo todo, y no obstante me quedo en la Plaza como detenido por manos invisibles. Mil preguntas pugnan en mis labios; pero no puedo formularlas. Creo que a nadie le importa nadie.

Las damas andan metidas dentro de mamelucos o "buzos", como los llaman los porteños.

Miro a mi alrededor y todo lo veo destruido. Es un hacinamiento de ruinas.trato de reconstruir el siniestro, logro saber que las casas cayeron súbitamente, que simultáneamente se interrumpió la luz y el agua, que el siniestro fué silencioso; muy traídor.

"No hubo el estruendo que precede a todo temblor, fué callado, la noche estaba hermosa, no apareció en el cielo ninguna señal, Chillán estaba en cama. Todo cayó en el primer minuto".

—¿Cuántos serán los muertos?

—No lo sabemos, aquí había 45.000 habitantes, al día siguiente del siniestro la ciudad estaba desierta.

Siguen detalles. Se me clavan las expresiones llenas de lejanía, de estupor, de atonía y locura, de miedo, de resignación. Nadie sonríe, las miradas parecen lagos crepusculares, bajo crepúsculos de invierno, lagos quietos, misteriosos, que se llenaran de sombras.

Los movimientos pausados, parece que cada cual cargara con un fardo superior a sus fuerzas.

Como la tragedia empieza a abisionarme, trato de alejarme de ella y resuelvo recorrer la ciudad que tanto quise y que tanto conozco.

Logro huir de las palabras; pero la tragedia está en todos los rostros seguirá cercándome, demoliéndome, llamándome también de sombras...